

Contratransferencia

Beatriz de León y Ricardo Bernardi

Editorial POLEMOS (2000)

92 páginas

La amistad de muchos años que me une a los autores, hace que para mi sea una verdadera satisfacción acompañarlos en esta instancia de presentar un libro que recoge los aportes de ambos, fundamentalmente a partir de fines de la década del 80 hasta el momento actual. Con Ricardo, he compartido diversas instancias de trabajo y estudio, desde los comienzos de mi formación como psiquiatra y analista. Nuestros intercambios nos llevaron a coincidencias y, como no podía ser de otra manera, también a discrepancias. Pero en la medida de lo posible, hemos tratado de defender la libertad de expresar nuestros desacuerdos y discutir en torno a ellos. El vínculo afectivo sincero que hubo siempre entre nosotros nos permitió hablar de nuestros distintos puntos de vista, con respeto por nuestras diferencias y, a la vez, nos estimuló a seguir caminos propios de investigación, en los temas de nuestro interés.

Hay un segundo motivo de satisfacción, que también quiero destacar y que tiene que ver con que éste sea un libro de la Colección Psicoanálisis y Salud Mental, que dirige el Dr. Samuel Zysman. Me parece que tenemos que celebrar este esfuerzo que se orienta, por un lado, hacia la difusión del psicoanálisis, y por otro, al enriquecimiento que para los analistas significan los aportes de otras ramas de la salud mental. Hay que señalar, que con esta colección se pretende recoger ideas de autores psicoanalíticos con distintas posturas teóricas, para transmitir conceptos complejos, de un modo accesible, sin que ello implique una simplificación empobrecedora. Esto me hizo aceptar la participación en el Comité Asesor, de una colección cuyo propósito es el de llegar a lectores de diferentes ámbitos de nuestra sociedad, acercando referencias conceptuales que no sólo interesan al especialista sino también a los estudiantes y al público en general.

Por otra parte, el tema de la contratransferencia, me parece también de fundamental importancia, no sólo, como dicen los autores, porque “encierra en sus pliegues buena parte de las polémicas actuales del psicoanálisis”, sino porque, a mi criterio, el trabajo

con lo que promueve el movimiento transferencia-contratransferencia es el pilar en el que se sostiene la especificidad de nuestra disciplina, basada en una concepción del psiquismo que privilegia el determinismo de lo inconsciente, tanto a nivel de nuestra práctica clínica, como en las muy diversas formas de transmisión que podamos hacer del psicoanálisis, fuera del consultorio.

Desde mi punto de vista, la contratransferencia es la que establece los mojones fundamentales para marcar nuestra ubicación como analistas. En primer lugar, porque le da, de alguna manera, un carácter particular a nuestro vínculo con las teorías. En segundo término, porque nos orienta en la comprensión de los pacientes y finalmente, porque nos permite situarnos respecto a las posibilidades y los límites de los cambios que esperamos por efecto del análisis.

Respecto al vínculo con las teorías, hay que tener en cuenta, que sin duda constituyen una apoyatura fundamental, nutrida con los aportes de diferentes autores, a partir de una fuerte filiación con la conceptualización freudiana. Pero también quisiera destacar que necesariamente tenemos que hacer un trabajo, para apropiarnos de ellas, manteniéndonos abiertos a recorrer caminos nuevos, en los cuales también se va construyendo un código común con el paciente. Es de fundamental importancia esta posibilidad de disponer de las teorías libremente, traduciéndolas a nuestro propio lenguaje, tanto en el trabajo con los pacientes como en la transmisión de lo que se da en la situación analítica. De esta manera, atendemos a lo singular del análisis, y por otro lado, nos permitimos estar receptivos a lo que surge del encuentro con el paciente, sin anticiparnos a interpretar desde la teoría, ni anteponer las elaboraciones teóricas a una experiencia clínica que queremos transmitir a otros colegas.

El trabajo de contratransferencia, como prefiere llamarlo Luisa de Urtubey, plantea la necesidad de tener en cuenta los sentimientos, representaciones, imágenes o fantasías, que constituyen retoños derivados del nivel inconsciente de la contratransferencia, el más importante dinámicamente. Son signos a descifrar por el analista, que orientan su trabajo con el paciente. Esta misma autora plantea, que el origen de la contratransferencia estaría dado fundamentalmente por la transferencia del analista, vivida en su propio análisis. De acuerdo a este criterio, que me parece muy compartible, pienso que habría que considerar que en la contratransferencia confluyen los restos resignificados de vivencias que el analista pudo trabajar en su análisis, con las teorías de

las que se ha ido apropiando en la formación. De ahí que, como dice Claude Girard, la teoría en psicoanálisis es siempre “teoría viva”

En cuanto a la utilidad como instrumento para la comprensión de lo que ocurre en el paciente, y particularmente, en la situación analítica, pienso que la contratransferencia juega un papel fundamental en ese sentido. ¿Desde qué otro lugar que no fuera precisamente ese, en el cual se produce un cruce de caminos entre nuestra historia, nuestras fantasías y nuestras teorías, con la historia, las fantasías y las teorías que trae el paciente, podríamos acercarnos a las vivencias de ese otro, con el cual entramos en una relación tan particular marcada por los efectos de la transferencia?

Y el tercer punto que señalé en relación al papel que cumple la contratransferencia desde nuestra ubicación como analistas, con respecto a lo que puede esperarse de un análisis, me parece muy acertada la formulación que hizo Marta Labraga en un trabajo reciente, diciendo que “se trataría de modificaciones y movimientos del funcionamiento psíquico, que implican reorganizaciones fantasmáticas y creativas.” Y agrega más adelante, que “el análisis debe seguir ofreciendo lo único que puede ofrecer como tal y lo único que debe: un mayor espacio de subjetivación donde ponerse en contacto con las formas del sufrimiento vital, no estériles o mezquinas, como las del síntoma coagulado en su repetición, sino las que nacen de la vida misma, de la no seguridad, de la certeza de la muerte, de las amenazas, de la esperanza de amar, y que habilite la libidinización y la sublimación.”

Teniendo en cuenta los objetivos que tiene la Serie Eslabones de esta Colección Polemos, en la que se publica el libro, que como ya mencioné anteriormente busca llegar a lectores interesados en el tema, pero no necesariamente formados en el área del psicoanálisis, los autores encaran este libro, privilegiando los puntos más apropiados para estos fines. Y en este sentido, quisiera destacar el esfuerzo de exponer con claridad, conceptos complejos, que tanto en Beatriz como en Ricardo, responden a líneas de reflexión personal que fueron desarrollando y profundizando en un trayecto que se inicia ya en la década del 80 y continúa hasta el presente.

En ambos, se dieron intereses distintos y, a la vez, como lo muestran en su libro, compartieron otros, particularmente en lo que se refiere a la importancia de precisar las diferencias y similitudes entre las distintas concepciones que se manejan acerca de los mismos conceptos y la necesidad de investigar los efectos que esto tiene para la práctica.

Beatriz ha trabajado el tema de la contratransferencia, fundamentalmente en relación a lo que ocurre en el analista durante la sesión y a la incidencia que tiene en la interpretación y en las características del proceso analítico. Mientras que Ricardo se interesó más por investigar el papel que juegan las teorías en el analista y los problemas que surgen como consecuencia de la coexistencia de diferentes concepciones acerca de los mismos términos, no suficientemente explicitados.

El tránsito que hizo Beatriz, desde la literatura al psicoanálisis, me ha parecido siempre que le permitió, no sólo una lectura fina de los textos psicoanalíticos, sino también, una particular sensibilidad y capacidad, para transmitir lo que ocurre en el analista cuando está en la sesión con su paciente. Sus aportes en ese sentido, han contribuido a incrementar, en nuestro medio, el interés por reflexionar acerca del papel fundamental de la contratransferencia, no sólo a nivel de la práctica, sino también en la perspectiva desde la cual nos ubicamos los analistas respecto a la teoría de la técnica y de la cura.

Ya en el año 88, se refería a la complementariedad que se da entre lo que dice el paciente y las intervenciones del analista. Su propuesta de pensar que el paciente aporta una predicación, a lo que podría entenderse como oración incompleta del analista, abre un camino de investigación que sin duda enriquece las posibilidades de entender los fenómenos que surgen en el marco del espacio analítico. Y en el libro que hoy se presenta, continúa exponiendo estas ideas.

En los momentos fecundos del análisis, se daría un particular acercamiento entre paciente y analista, configurando una complementariedad que iría creando una base común entre ambos y haría posible el movimiento que une escucha e interpretación. Se configurarían así, de acuerdo a su criterio, verdaderos núcleos dinámicos interactivos, que surgen en esos momentos especiales en los cuales se intrincan vivencias del paciente y el analista, dando lugar a un estrecho interjuego de imágenes, afectos y palabras. Nudos dinámicos, en los que se condensan aspectos conscientes, preconscientes e inconscientes de la interrelación entre el paciente y el analista, que desencadenan procesos de asociación y elaboración en ambos integrantes de la pareja analítica, que tienen un carácter único, que singulariza a cada análisis, y que constituyen el soporte del proceso analítico.

Ricardo ha seguido un camino de interés epistemológico, que surgió en él aún antes de su formación como analista. Sus trabajos sobre el poder de las teorías y el análisis

epistemológico acerca de la coexistencia de las distintas teorías en el campo del psicoanálisis actual, han constituido importantes aportes, no sólo en nuestro medio sino también fuera de fronteras. Particularmente, hay que destacar su propuesta de la inconmensurabilidad entre las diferentes teorías. Propuesta sin duda enriquecedora, más allá de que pueda o no ser compartida. Su permanente interés por la investigación ha contribuido a abrir nuevos caminos de reflexión acerca de los fundamentos de la teoría y la práctica psicoanalítica, pero también ha despertado fuertes polémicas, particularmente en cuanto al papel que le correspondería a la investigación empírica en psicoanálisis.

Esta ha sido tal vez la zona en que más se ha dado mi discrepancia con la postura de Ricardo, porque creo que con la investigación empírica se corre el riesgo, por un lado, de jerarquizar particularmente lo conductual y por otra parte, de no tomar suficientemente en cuenta lo inasible e intransmisible de ese encuentro singular con el paciente. Pero también acepto que él sabe buscar argumentos muy contundentes para defender sus planteos y tal vez yo todavía no he encontrado los caminos para sostener un debate útil en ese sentido.

Los distintos capítulos del libro nos introducen en las diferentes posturas que con respecto a la noción de contratransferencia existen en el ámbito del psicoanálisis, desde Freud hasta el momento actual, invitándonos a reflexionar acerca de las complejidades que surgen en relación a las distintas perspectivas teóricas desde las cuales se la considera. Se subrayan particularmente los importantes aportes que se han hecho en ese sentido en el Río de la Plata, a partir de los trabajos de Racker y de Willy y M. Baranger, que sin duda hicieron marca en nuestro medio.

Beatriz y Ricardo dicen que ninguna de las distintas concepciones acerca de la contratransferencia que circulan en el campo psicoanalítico deja de tener ventajas e inconvenientes. En un extremo, ubican a las que consideran la contratransferencia, esencialmente como el resultado del conjunto de reacciones inconscientes del analista a la transferencia del analizado. Y por otro lado, mencionan a las que incluyen en la contratransferencia todo el funcionamiento mental del analista durante la sesión, tomando en cuenta, no sólo los niveles inconscientes, sino también los aspectos preconscientes y las manifestaciones que el analista percibe en él mismo, y considera relevantes para comprender las reacciones del paciente.

Ambos autores se inclinan a considerar la contratransferencia en sentido amplio, vinculándola a fenómenos que afectan toda la vida psíquica del analista: afectos, ocurrencias, creencias, actos, movimientos, reacciones corporales, etc. Sus manifestaciones, pueden aparecer sorpresivamente o en forma silenciosa, entrelazadas, tanto con las convicciones teóricas del analista, como con sus posiciones frente a la vida o ante ciertos problemas, incidiendo en el tratamiento sin ser percibidos por el analista.

A pesar de admitir su preferencia por la concepción amplia de contratransferencia, también dicen que muchas veces los efectos contratransferenciales se vinculan esencialmente a lo que jerarquizan quienes piensan la contratransferencia con un sentido más restringido, cuando se refieren a los puntos ciegos en el analista, que operan como resistencias, y perturban el tratamiento, en la medida que no sean sometidos a un trabajo de análisis en el propio analista.

Los autores señalan algunas de las características de la contratransferencia, en relación a una perspectiva temporal del proceso analítico. En este sentido, profundizan en la idea de distintos momentos de las manifestaciones contratransferenciales, diferenciando los aspectos manifiestos, que quedan a disposición de la atención flotante del analista, de los latentes, que sólo pueden ser inferidos a posteriori. En el momento en que se manifiesta una reacción contratransferencial importante, habría cierta pérdida de la asimetría y la neutralidad en el analista; intrincamiento o afectación mutua, que sería la expresión de una forma de comunicación primitiva. Recién en un momento posterior, una segunda mirada del analista generada a través de un proceso de autoanálisis, se podría dar la tarea creativa de la interpretación.

Me ha parecido muy interesante y compartible esta idea del intrincamiento y la afectación mutua que se daría en los momentos fecundos de un proceso de análisis, pero no estoy tan segura de que la interpretación surja siempre en esa segunda instancia, luego de la labor de autoanálisis. Pienso que muchas veces, es precisamente en ese momento fecundo que se da la interpretación más rica y movilizadora, y recién después, el analista puede trabajar su contratransferencia. Este es uno de los muchos problemas que los autores dejan abiertos a la reflexión y la polémica.

Respecto a las fuentes de la contratransferencia, se destacan las dos posturas diferentes que adoptan los distintos analistas, a partir de los planteos de Freud, por un lado, y de Heimann, por otro. Mientras que para Freud y los autores que siguen su línea de reflexión en ese sentido, la contratransferencia se origina en los conflictos neuróticos

inconcientes del analista, reactivados por la transferencia del paciente, para Heimann, la fuente de la contratransferencia se ubica en el paciente, y resulta de las proyecciones que se dan en el analista, que se hace depositario de las fantasías inconcientes del paciente.

Ricardo y Beatriz se ubican en una posición intermedia: ni todo es provocado por el paciente, ni todo es la neurosis infantil reactivada del analista. Piensan que la idea de que la contratransferencia es expresión de los conflictos infantiles del analista encierra un núcleo de verdad, pero que también es útil lo que el analista descubre en sí mismo, para comprender mejor lo que ocurre en el paciente.

Los dos últimos capítulos del libro plantean la necesidad de realizar debates para discutir acerca de las distintas perspectivas sobre la contratransferencia. Y en ellos se señala, en particular, la incidencia que en el trabajo clínico pueden tener dos posturas que, a su criterio, están en polos opuestos, como son la de los que consideran que las interpretaciones deben regirse esencialmente por la contratransferencia y la de otros, que privilegian la atención flotante del analista y advierten acerca de los aspectos resistenciales de la contratransferencia. A mi criterio, tal vez no sea tan radical la oposición entre ambos planteos acerca del papel de la contratransferencia. Lo que sí, es cierto, es que hay diferencias importantes en los puntos de vista acerca de la forma de concebir las características de la práctica analítica, que remite necesariamente a los fundamentos teóricos en los que ésta se sostiene.

Y para terminar, quisiera decir que me parece importante esta propuesta, que de alguna manera atraviesa los distintos capítulos del libro, de conocer los diferentes planteos que hay acerca de este tema, para revisar e interrogarnos permanentemente acerca de nuestra tarea, sin pretender alcanzar formulaciones definitivas y, al mismo tiempo, aceptar estas diferencias, sabiendo que no necesariamente tenemos que buscar un consenso, que en última instancia podría resultar paralizante y empobrecedor.

Fanny Schkolnik

Noviembre 2000